



AURELIANO

[Tragedia representada en el Seminario Metropolitano de Méjico, el 9 de Septiembre de 1890, con motivo de la Fiesta Titular del propio Colegio.]

PERSONAJES.

FALERIO, procónsul de Atenas,
AURELIANO, hijo del anterior,
CANIDIO, sacerdote de Júpiter,
MEVIO, sacerdote de Apolo,
AGESILAO, sacerdote cristiano y esclavo
de Falerio.
Pretorianos, pueblo Atemiense.

La acción se supone acacida en Atenas, el año 132 de N. S. J. C.

ACTO I.

(Galería de columnas dóricas en el Alcázar de Atenas.)

ESCENA I. — *Canidio y Mevio.*

C.— Protegieron los dioses inmortales,
Como lo adviertes, mi feliz camino;
Y rosas sin espinas coronaron
Inesperadas el intento mío.

M.— ¡Qué te acogió benévolo y amable
El gran emperador Elio divino!

C.—Y más aún, que me otorgó el decreto
De perseguir con indomable brío
Del Cristo á los fanáticos sectarios,
Que en las grutas y bosques escondidos
Hacen crecer impunes en Atenas
Su rebelión y su poder impío,
Y extendiendo sus pútridas raíces
Bajo la tierra y trono de Quirino,
Casi amenazan derrocar á Roma,
Y hundirla en pavoroso cataclismo.

M.—Dijiste la verdad, hoy anublada
A muchísimos hombres seducidos
La fé en los altos dioses se presenta,
Y de la tierra se alejó el Olimpo.
De la patria los dioses tutelares
Sin coronas están si no vencidos,
Y ¡oh mengua, oh perversión de las cos.
(tumbres!

Esos Cristianos de vivir indignos
Alzar pretenden en las aras nuestras
La cruz infame de su dios proscrito.

C.—Mas esta ley del vencedor Adriano
Irá calmando su hambre de dominio.
Al Procónsul Falerio en ella manda
Que, si no ofrecen la oblación sumisos
A los excelsos Númenes en tanto
Que hace el padre sol su diurno giro,
Se arrojen á tormentos espantosos
O entre las fieras del ruidoso circo
Sin tregua ni perdón, que los ampare,
Esos que adoran al mortal Judío,
Que pretendió con sin igual locura
El mundo subyugar desde un patíbulo.

M.—Mandato semejante era forzoso.

¿No ves que en sus maldades infinito
Ese gremio de inútiles perversos
Corrompe á los creyentes desvalidos,
Y busca adeptos de brillante alcurnia
En los palacios con afán inicuo?
¿Qué será, qué será que en algún día
La fé domine de ese Palestino;
Queden los templos del Amor desiertos,
El fuego sacro sobre el ara extinto,
Las Vestales dispersas, profanadas,
Y de Apolo los ánditos vacíos?
¿Qué, dejando sus bosques seculares.
Huirán los dioses de la Grecia amigos?
Nunca; primero en sangre de cristianos
Naden los simulacros del Olimpo.
¡Bien hayas tú, que con viril constancia
Obtuviste el decreto de exterminio!
Perc, dime ¡no temes que Falerio
En su clemencia y su bondad sin tino
Tempere ese rigor, que el mismo crimen
Tan horroroso exige en el castigo?
¡Ay! que su hijo el mísero Aureliano
Mueva á su gusto el corazón benigno
De su padre amoroso: ese mancebo
Con su inconstancia y juveniles bríos,
Su amor de libertad, su mente loca
El bienestar de Atenas ha impedido.
Su amor desaforado al indigente
Mancha su toga y su renombre mismo;
Y como premio á corazón tan blando
A monarca subió de los mendigos.
Por él Falerio al delincuente evita
A veces los horrores del suplicio;
E indulgencia tan amplia é imprudente

Las selvas ya pobló de foragidos.

A su amparo los pérfidos Cristianos
Casi arrojan la máscara, y su Cristo
Adoran á la faz del Capitolio
Con insolencia y bárbaro cinismo

C.— ¡Ese hijo! Mevio, ¡ese hijo! desalmado
Cual Catilina y como Sila impío,
Ya la virtud oscureció del padre,
Y envileció su helénico heroísmo.

M.— ¡Ah! que los Hados á mi paz adversos
Le ponen hoy en mi fatal camino.

C.— ¡Qué te ofendió? Refiéreme el quebranto,
Que así te mueve á querrellarte, amigo.

M.— Es un secreto, que mi pecho guarda,
Porque me es doloroso aun el decirlo.

C.— Pues la amistad á mi silencio abona,
Confíame el secreto, te lo pido.
Yo también de Aureliano sé un misterio.
El mismo habrá de ser: ya lo adivino.

M.— Te voy á referir lo que me apena,
Me roba el sueño, néctar de la vida,
Y que mis noches de pesares llena.
Tú sabes que mi amor ¡prenda querida!
Es mi Aurelia gentil, que delicada
Siempre eduqué para el santuario augusto.
Era su encanto coronar de flores
De Vesta ó Palas el sagrado busto,
Y no supo de pérfidos amores.

Ciñe y defiende de profana audacia
La toca de Vestal su faz hermosa,
Que á porfía los dioses adornaron;
Pero ¡qué importa si con maña odiosa
Su corazón falaces me robaron?
Era mi dicha ó mi feliz consuelo,

Que en mis horas de negra desventura
Por su piedad me regalara el cielo.

Cuando el desdén de cortesana gente
O bien la intriga de palacio impura
Me atribularon horrorosamente;
Con sus caricias y filiales voces
Calmó mi pena y mi inquietud atroces.
Y ¡cuántas veces, si gastada el alma
Era de luchas y de afán compendio,
Mi pecho ardía sin hallar la calma,
Un beso suyo mitigó mi incendio!

C.— Ya basta de lamentos, en resumen
Dí la aflicción con que te oprime el Nu-

M.— Voy á decir: mas subitáneamente (men
La hallé cambiada, sin hablar, sombría,
Pálido el rostro y su mirar ardiente
Nublá dode mortal melancolía.
Probé sus penas desterrar en vano,
No pude hallar á su aflicción remedio;
Ya no me amó su corazón tirano,
Y mis caricias le causaron tedio.

Por saber el secreto que ocultaba,
Yo la mimé con afición paterna,
Y á veces sin motivo se cuajaba
De llanto amargo su pupila tierna.
La ruego por su madre, por el cielo
Que sin pena me diga, ni recelo
La causa del tormento, con que lidia.
Y al fin lo supe ¡oh padre desdichado!

C.— ¡Bravo amator! ¡Una vestal Helena
En mujer convertida de un cristiano.
M.— ¡Qué dices?

- C.— Lo que escuchas: esa hiena
 Que rapaz tiende á tu vestal su mano,
 Adora á ese Jesús, y aun la toga
 Amenaza arrastrar de su Falerio,
 Si pronta mano su altivez no ahoga.
- M.—Y ¿cómo penetraste ese misterio?
- C.—Era una tarde, tarde de aquilones,
 La ronca tempestad se aproximaba,
 Y en medio á los hirvientes nubarrones
 La centella tronando se enroscaba.
 Yo caminando por quebrada ruta,
 Huí de la rencilla de los vientos,
 Busqué refugio en escondida gruta,
 Cueva sagrada, que de Atenas cerca,
 En medio está de lobreguez hirsuta,
 Consagrada á la ninfa de la alberca,
 Que vecina se esconde en la enramada,
 En otro tiempo á Pan y los Amores.
 Una silvestre vid vela su entrada,
 Suspendiendo sus tallos trepadores
 En la roca siniestra y enlamada.
 En torno el bosque se percibe escueto,
 Y alguna vez resuenan sus zamponas
 Los pastores felices del Himeto.
 Entréme, pues, en la caverna huyendo
 Del aquilón y de la lluvia fría;
 Y ya en el cielo su fragor tremendo
 Júpiter mismo con su carro hacía.
 Recogíme en los negros aposentos;
 Y escuché de repente sorprendido
 De un coro los dulcísimos concertos,
 Que traían de abajo hasta mi oído
 En sus alas ya húmedas los vientos.
 Juzgué de pronto que las ninfas eran,

Las ninfas de la gruta moradoras
 Al son de suave cítara cantoras.
 Devoto fui por la tortuosa senda,
 Que la roca á mis pasos ofrecía;
 Ya no escuché ni la borrasca horrenda,
 Ni ví la luz del moribundo día.
 De suave mirra religioso aroma
 Perezoso flotaba en el ambiente,
 Y remedando arrullos de paloma
 El coro resonaba tiernamente.
 Por un hueco de roca gigantea
 Pude allí divisar furtivamente
 De cristianos recóndita asamblea.

En un recinto, que talló natura
 Bajo aquellos agudos peñascales,
 Tiene su templo, su mansión impura
 El numen de esos míseros mortales.
 Lámparas siete de gentil figura
 El hondo subterráneo iluminaban,
 Y en tosco pedestal una escultura
 De mujer hermosísima bañaban.
 Negra serpiente en sus anillos fiera
 El tierno pie de la mujer ceñía:
 Y entre peñascos pardos y groseros
 En una cruz agonizando horrible
 El Dios ajusticiado aparecía.

Nichos labrados en la roca viva
 Encerraban, oh Mevio, algo terrible,
 Quizá despojos de la muerte esquiva,
 Restos de castigados criminales.
 Y en sus lápidas vi peces grabados,
 Signos oscuros, toscas y fatales
 Incripciones, los nombres de los muertos,
 La cruz infame y ánforas henchidas

De lágrimas quizá, manchas de sangre,
 Y en albas urnas corazones yertos.
 Imbécil multitud de clases varias
 En torno de la estatua se veía;
 Junto á esclavas astrosas y precarias
 Ricas señoras, niños infelices,
 Ancianos nobles, ricos y plebeyos,
 Y vírgenes con torpes meretrices,
 Que Atenas infamó, mancebos bellos....
 Allí estaba Aureliano, sus facciones
 Reconocí de un hacha á los destellos,
 Oí su voz entrelazada al coro,
 Y en sus mejillas, de un varón indignas,
 Ví resbalar el afrentoso lloro.
 Pues bien, él morirá... yo te lo juro
 Que la orden, sí, por acatar de Adriano,
 Si yo revelo su delito obscuro
 Y á los dioses no incieusa, lo aseguro
 Su mismo padre se verá forzado
 A mandarle al suplicio.

- M.— ¡Desdichado!
 ¡Ay! dulce amigo, tu rigor no mides,
 Y al matar á ese joven insensato
 ¡Ay! de mi hija el corazón divides
 Y el de este viejo, que el destino ingrato
 Ha condenado á tan siniestras lides.
- C.— ¿Qué tú le amas? ¡Menguado! ¿Quién cre-
 Que un sacerdote del excelso Apolo (vera
 Hasta besar el fango descendiera?
 ¿Quién puede á tanto se humillar? Tú solo.
 ¿Tú, que de noble castidad blasonas,
 En torno ves de tu hija al lujurioso,
 Y no sólo su audacia le perdonas,
 Sino quieres guardarle cariñoso,

- Que más y más te befe, su ludibrio
 Ser para siempre, y tu vestal impura
 Guardar para esa pérfida criatura?
- M.— ¡Ay! á la hija de mi alma no atropelles
 Con tu palabra, que el amor me doma,
 Y el ser severo me parece amargo.
- C.— Te duele la verdad, y sin embargo.
 Empujas hasta el cieno tu paloma;
 E irás mañana con las manos puras
 A ofrecer el tremendo sacrificio
 Al sabio dios, que reina en las alturas.
 ¡Cómo deslumbra engañador el vicio!
 ¡Oh triste condición de los humanos,
 Que miran una mancha en lontananza,
 Y no atinan á ver la de sus manos!
 Pues bien, haz lo que quieras; las maldades
 Patrocina: Canidio te amonesta
 Que de un viejo, patrón de liviandades,
 El Dios de Delfos la oblación detesta.
 Del Numen la ira, que en los cielos arde
 (Acuérdate de mí) sobre tu frente
 Rayo fatal descargará más tarde.
- M.— No, Canidio, este anciano es inocente.
 Ya quiero lo que tú, me uno contigo:
 Que muera ese mancebo, de los dioses,
 De tí y de mí terrífico enemigo.
 Que caigan destrozados los infeles,
 Cual sacerdote á su ruina aspiro.
 Aunque mi hija fallezca desolada
 De amor funesto en los tormentos crueles
 Cuando él arroje su postrer suspiro.
- C.— Así te reconozco... Mas de pasos
 Rumor se escucha... Es Aureliano mismo,
 A quien muy pronto tragará el abismo.

(*Entra Aureliano acompañado de Agesilao.*)

ESCENA II.

Dichos, Aureliano y Agesilao.

C.—Noble hijo del Procónsul, Dios te guarde.

Au.—¿Es ya de Mece donia tu regreso?
Pues digo á fé que no volviste tarde.

C.—Y que torné con el mejor suceso;
Me oyó el Emperador benignamente,
Y á vuestro padre este mandato envía.
(*Da á Aureliano el pergamino, que trae.*)
Manda inmolar á la cristiana gente,
Si no cede en el término de un día.

Ag.—(*Ap.*) Ya del poder de las tinieblas la hora
El Padre celestial llegar ha hecho.
El nos tienda su mano protectora,
Y dé virtud y fortaleza al pecho.

Au.—(*Devolviendo el decreto.*)
Mas tan duro rigor es excesivo.
Si el hombre tiene celestial derecho
De dar su corazón á quien quisiere
¿En qué delinque cuando el noble pecho,
Su voluntad é inteligencia adhiere,
A ese Dios ignorado, que deshecho
En amor por los hombres, dicen, vino
A dar al mundo su poder divino?

C.—No es permitido levantar el vuelo
E hincharse de soberbia vanamente
Con el intento de rasgar el cielo,
Cielo, que se adorara antiguamente;
Y es deshonoroso de la propia gente

Dejar la religión, que nos nutriera,
Por los sueños de turba forastera.

Au.—No sé quién se deshonra mayormente,
Si él que alimenta religión distinta,
O quien por esto le llevó al cadalso,
Y en frente ajena la deshonra pinta.

C.—Tendrás razón, no sé, yo no discuto
Del César los edictos; obediente
De sumisión les rendiré tributo.
Voy á entregar el imperial decreto
A tu padre, que espero cual procónsul!
La orden suprema cumplirá discreto.
[*Vanse los dos sacerdotes Etnicos.*]

ESCENA III. — *Aureliano y Agesilao.*

Au.—¿Eso escuchaste? oh caro Agesilao.
Nube de sangre nos envuelve densa,
Y la cuchilla, que amenaza muerte,
Encima está de la cerviz suspensa.

Ag.—Deja, no temas, de Israel el fuerte
De lobos en poder nunca abandona
A su selecta grey, consuelos vierte
Al pecho de sus hijos perseguidos;
Y hasta al ingrato con amor perdona,
Si lucha entre los hombres escogidos.
¡Es la dé espinas la mejor corona!
Y la gloria mayor, que no se muda,
Verter la sangre para ser testigo
De la augusta Verdad, que al fin desnuda
Vaga entre un pueblo torpe y enemigo.
Mas dime esa aflicción de que me hablaste
Que tu sensible corazón lacera.

Sabes que te amo con amor paterno,
 Y por tu dicha mi existencia diera.
 Cuando ya sacerdote del Eterno
 Fuí arrebatado de mi patria cara,
 Doserpea entre juncias vocinglero
 El lento Cidno de corriente clara,
 Vine de esclavo á tu clemente padre;
 Quiso Dios para Cristo conquistara
 Yo el alma tierna de tu dulce madre;
 Y de niño mil veces te mecía
 Yo con amor en mis desnudos brazos,
 Y con místicos cantos te dormía.

Cuéntame, hijo, por fin tu pena fiera.
 Yo te hablaré de los pesares hondos
 Del maestro Jesús, tu dulce amigo;
 Ese consuelo te daré siquiera.

An.—¡ Ay! sacerdote del Señor, yo siento
 Vergüenza de decirte mis dolores,
 Que no es de los que elevan mi tormento.
 Es el penar funesto, que me aqueja,
 La huella misma, que Satán nos deja
 Cuando flotó del alma en el aliento.

Ag.— Tanto mejor, el paternal regazo
 Para el hijo culpable el cielo diera
 Al sacerdote y el unguido brazo.

An.— De tu enviado de Dios es tu palabra,
 Porque en mi pobre corazón inmuado
 Impulsos mil de confianza labra.

Oye la historia en lágrimas escrita
 De un corazón, á quien hiriera el mundo.
 Era la hora en que agoniza el día
 Y el lago bullidor se arropa en bruma;
 El sol como monarca se dormía
 Del anche Egeo en la argentada espuma,

La sombra de los montes descendía,
 Aullaba el lobo en la extensión salvaje,
 Y en el ocaso un nubarrón tendía
 De fuego su ondulado cortinaje.
 Yo de Atenas vagaba en el contorno.
 Y, admirando de Dios tantas hechuras,
 Bellezas tantas contemplaba en torno:
 Entre el follage truncas esculturas,
 Que ajaron al caer la fresca yerba,
 El blanco Partenón en las alturas
 Y en su cima la estatua de Minerva.
 La luz fallece y la tiniebla avanza,
 Las selvas y los montes azulinos
 Se pierden en obscura lontananza
 Con sus diademas de perennes pinos.

No lejos, en la loma consagrada
 Hay una estatua de mármorea diosa,
 Que estaba aquella tarde circundada
 Con triple cinta de tejida rosa.

Miré subir por la vetusta loma
 De Vestales suavísima parvada
 De tierna faz y pecho de paloma.
 Eran sus pies como de rosa y hielo,
 Sus cuerpos rozagantes envolvían
 Túnicas leves de color de cielo,
 Y con zonas de oro se ceñían.
 Dorada su flexible cabellera
 Flotaba con el aura vespertina,
 Y en orden por la mística ladera
 Iban á la deidad de la colina.
 Antorchas combatidas por el viento
 En las cándidas manos ostentaban;
 Y luego al rededor del monumento
 Con voz cual de Sirena peregrina,

Que ofrece mil halagos, entonaban
 Vírgenes todas la canción divina.
 De la curiosidad á los impulsos
 ¡Curiosidad desde al nacer culpable!
 Me acerqué á la profana ceremonia;
 Y una vestal... me pareció admirable
 Más allá de la justa parsimonia.

Cual se perciben en caverna obscura
 Los ojos del león, que nos asalta,
 Como dos ascuas; y el aliento falta
 Al corazón en hórrida tortura:

Así de aquella meta allá en la altura,
 Cabe la estatua en un peñasco alta,
 Que tierno musgo de verdor esmalta,
 Miré los ojos de esa Aurelia pura.

No sé decir lo que sentí: hechicera
 En mí ejerció su misterioso encanto
 Tal vez, oh padre, y mi alma desespera.

Sentí cual gozo y cual profundo espan-
 Y al recordar aquella vez primera [to
 Me arranca el alma subitáneo llanto.

Ag.— Disipa esa ilusión, hijo del alma:
 El veneno engañoso del pecado
 Siempre nos roba la bendita calma
 De luz y de belleza disfrazado.

Ahuyéntala por Dios, y no se diga
 Que un hijo de los cielos, un cristiano
 En la tierra asquerosa y enemiga
 En pos se arroja de fantasma vano.

Provocativa la mundana imagen
 De esa gentil desvanecer procura.
 Y, si buscas amor, si amar te impele
 Tu corazón sediento de ternura,
 No busques el amor en este mundo,

Que de la tierra huyó, porque era impura.

Sueña el alma, ó en sombras imagina
 Ver en la tierra, que la culpa empaña,
 La suma luz de la beldad divina,
 Cual mirara el Profeta en la montaña
 La espalda de Jehová deslumbradora;
 Y buscando ese sol de la hermosura
 Con ímpetu y afán, que la devora,
 Remóntase y se pierde en el altura,
 Y no hallando la faz, que entremirara,
 Y creyendo mirar su lumbre pura,
 A la hermosura terrenal se apega,
 Y así, buscando el esplendor del día
 En los horrores de la noche umbría
 Sin alas el espíritu se anega.

Tu alma, mariposa que ha nacido
 A revolver en torno de la lumbre
 Del infinito bien, (que está escondido
 Del mundo tras los últimos confines)
 Va por el bajo mundo reducida
 A abrasarse en los círculos de llama.
 Que del foco divino desprendida
 El corazón de una mujer inflama.

Mira tu religión, que á amar te llama,
 Ya Dios amante, de tu amor vencido
 Por tí clavado en una cruz te ama:
 Ese amor terrenal dale al olvido.

Au.— ¡Ay! yo quise olvidar... la y muchas
 Pensé llenar mi corazón sediento (veces
 Con amor de Jesús; pero al momento
 Sentí glaciales mis cristianas preces,
 Volaba á otro lugar mi pensamiento.
 En mis entrañas mundanal centella
 Arde, y me dice el Tentador artero:

“¿Qué das á Dios tu corazón entero,
 “Eres ingrato: la mitad es de ella,”
 Vencer no puedo mi pasión furiosa,
 Y al fin de pena y de combate tanto
 Llena mis ojos execrable llanto.

- Ag.—Hijo mío, medita mis palabras:
 Si sigues ese amor, que te domina,
 ¿Serás feliz? Supón que corresponda
 Esa Vestal á tu pasión indina.
 ¿Ese profundo afecto cuánto dura?
 El curso de los años se apresura
 Y ¡el corazón cuán rápido se enfría!
 Ese fuego voraz de la ternura
 Dura tan sólo pasajero día.
 Esa que vez hermosa criatura,
 De gracias mil y de candor modelo,
 Mañana habrá perdido su hermosura,
 Será despojo vil, que cae al suelo.
 ¿Piensas que esa mujer habrá de amarte
 Con todo el corazón, que es toda hermosa
 No lo creas, tan sólo habrá de darte
 Un lugar en su pecho, donde anidan
 Otros afectos mil, ya suficientes
 A que su frágil corazón dividan.
 Hoy que la ves de lejos y ataviada
 En densa bruma de color de rosa,
 Toda es perfecta; pero al fin, calmada
 La lumbre de tu pecho fervorosa,
 Verás defectos en la prenda amada.
 Sólo un amante siempre persevera
 Constante y bello y eternal amigo,
 Que puso por tí su alma toda entera.
 Y ¿tu pasión ya la dijiste acaso
 A esa pobre Vestal, que te enamora?

Au.—Sí, Agesilao, por desdicha mía,
 Y ¡dulce mucho aunque maldita esa
 La ví palidecer . . . decir rehusa (hora!
 Mi torpe lengua los detalles todos
 De ese momento, la dejé confusa:
 Y he comprendido, que de día en día,
 Sin duda del amor ya vulnerada
 Se engolfa en celestial melancolía.

A veces pienso que á los dos formónos
 Dios poderoso para un alto arcano;
 Y á la mitad un corazón partiónos.

Ag.—Tentación engañosa, ensueño vano,
 Se viste de ángel el demonio impío.

Au.—Si hasta los nombres nuestros nos enla-
 Aurelia el de ella y Aureliano el mío. (zan,

Ag.—No fijas ¡ay! la trastornada mente
 En tal analogía, advierte y mira
 Que en ridículas bases débilmente
 Se apoya enloquecida la mentira.

Ya la persecución nos amenaza,
 Es tiempo de luchar, no de amoríos.
 ¿Si el decreto imperial nos despedaza,
 Tú buscas el amor de los impíos?
 Sostén la fé, tu sin igual tesoro,
 Y el tiempo aciago calmará tu fuego;
 En el crisol se purifica el oro.
 Defiende á tus hermanos, te lo ruego
 Por el postrer suspiro de tu madre.
 (Se arrodilla.)

Mas no procures abonar su suerte,
 La ira calmando de tu excelso padre
 Para librarlos de gloriosa muerte.
 Sostén sus almas puras y tranquilas
 Con el ejemplo, que á Satán quebranta.

¿Qué es lo que miro? ¡ Oh Dios! ¿qué tú
(vacilas?)

¿ La doctrina dulcísima olvidaste,
Que con la leche de tu madre santa
En otro tiempo plácido gustaste?
La perspectiva del dolor te espanta,
Que ya el amor afeminó tu pecho.
Eres ingrato al fin: tu madre ahora
Vé desde el cielo tu afrentoso hecho.
¿ No recuerdas sus besos de cristiana,
Que te diera con labios empapados
En sangre de Jesús? Temes la muerte.
¡ A tanto llega el corazón impuro!

Au.—Moriré si es preciso como fuerte,

Por el Dios vivo de Israel lo juro,
Ag.—Hijo, el cielo te preste fortaleza,
De tu alma borre el humillante afecto;
Y pisando la bárbara maleza,
Camina en fin por el sendero recto.

(*Entran Falerio y Canidio.*)

ESCENA IV. —*Dichos, Falerio y Canidio.*

F.— Los Dioses te protejan, Aureliano.

Au.—Oh Padre, salve.

F.— ¿ Ya por fin de tu alma
Destierras esa negra hipocondría,
Que te domeña y tu valor apaga?

Au.—Alegre estoy.

F.— Pero en tu faz advierto
Huellas de insomnio ó de vertidas lágrimas,
Deja el luto y ahuyenta esos pesares, (mas.

Tirando el disco, en la cuadriga rauda
Doblando al fin la polvorosa meta,
O bien blandiendo la robusta espada.
Y no te venza ese fastidio, indigno
De la traviesa juventud Romana.

Mas, déjame un instante, que en se-
Canidio ha poco revelarme ansiaba. (creto
Au.—El cielo te bendiga, oh dulce padre.

(*Salen Aureliano y Agesilao.*)

F.—Es Aureliano la mitad de mi alma
Y de mi esposa, mi perdida esposa
Única prenda, mi mejor alhaja.

ESCENA V. *Falerio y Canidio.*

F.— Puedes hablar sin miedo, ni rebozo,
C.—Dí ¿tú qué harías si en tu propia casa,
Ya sectario de Cristo se albergase
Algún de tu familia asaz preclara?

F.— El decreto del César cumpliría
Con rectitud y justiciera saña.

C.—Y ¿si fuera tu hijo ese cristiano,
¿tu hijo mismo, la mitad de tu alma?

F.— De mi alma la mitad arrancaría
Si la encontrase pútrida ó manchada.
Que tal preguntes en verdad me asombra,
Pues que la heroica sangre sobrehumana,
Hierva en mis venas del egregio Junio,
De Régulo y Catón me anima el alma.

C.—Pues haz lo que dijiste.

F.— No comprendo.

C.—Ese Aureliano con secreta infamia
Es cristiano, Falerio y de tu nombre
La noble luz envilecido mancha.

- F.—De pronunciar abstente tal calumnía,
Si no pretendes inflamar mi rabia,
Y de eso no hables más; si es el secreto,
Que pretendiste revelarme, calla.
- C.—Procónsul, sé más cauto y más tranquilo,
De Jove un sacerdote nunca engaña.
Tu hijo es cristiano, ajusticiarle debes.
Si débil eres cual mujer insana,
Huye del trono de la angusta Atenas
Jamás por mano indigna gobernada,
Si no . . . la ira del César ¡guarte! ¡guar-
Guárdate bien de mi fatal venganza. (te!)
- F.—Aplaca tu furor, y prueba recto
Que es Aureliano de esa secta vana.
- C.—¡Temes por tí! Pues llámale al instante,
Y ordénale que lleve sin tardanza
A los cristianos, que en la cárcel nuestra
Tan sólo el fallo de su juez aguardan,
A echarlos á las fieras ó al patíbulo
De Atenas hoy en la anchurosa plaza,
Si á las deidades, que el Olimpo habitan,
Sagradas hostias ofrecer rechazan.
Si acata tu precepto, si lo cumple,
Con tu puñal traspasa mis entrañas;
Mas si resiste, el imperial edicto
Le entregue justiciero á la matanza.
- F.—Habrás de ejecutar mi orden al punto.
Yo te lo juro por la virgen Diana.
- C.—(Se acerca á la parte lateral y dice á un soldado:)
Pretoriano, que venga en este instante
El hijo del procónsul, sin tardanza.
- F.—Ni alcanzo á suponer en mi Aureliano
Tanta estulticia, ni locura tanta.

- ¿Como el mancebo más gentil y apues-
De la Ateniese juventud podría (te
Su alma vender á la canalla impía,
Que sólo ofrece sin igual baldón?
El esforzado en los Acaicos juegos
El carro de marfil diestro gobierna,
Gimnasta corre con hereúlea pierna,
Y tiene de diamante el corazón.
Es valiente y leal como romano,
Adora la virtud de los mayores,
Huye de danzas y de muelles flores
Con férreo pecho y ánimo viril.
Y nunca joven tal, nunca pudiera
Asociarse á esas miseras cuadrillas
De necios é ignorantes mujercillas,
Ni tolerar que le apelliden vil.
Ni logro imaginar que decendiera
A esa abyección, cuando amoroso enarre
Las prendas mil de su exterior bizarro:
Miembros ebúrneos tiene luchador,
Su nívea faz, su cabellera de oro,
En ademanes elegante y pronto,
Color sus ojos de cerúleo ponto
Y su hondo mirar de semi-dios.
- C.—Eres padre, Falerio, y tú no puedes
Mirar en fin su podredumbre horrenda;
Cubre tus ojos sonrosada venda,
Mas yo muy pronto te la haré caer,
(Entra Aureliano.)

ESCENA VI. Dichos y Aureliano.

- Au.—¿Qué mandas? padre.
F.— Sábetelo, hijo mío,

Que Elio Adriano me envió de Macedonia
Decreto de matar á los cristianos,
Que no apostaten de su rito impío.
La ejecución la confiaré á tus manos.
Vé pues al calabozo en este instante,
Do guardo cien sectarios inhumanos;
Y, si rehusan ofrecer incienso
A las deidades que el Olimpo habitan,
Que los arrojen en el circo inmenso,
Donde las fieras bárbaras se agitan.

Au.—(Ap.)

¡A mis hermanos destrozad! Acuso
Mi religión, si obedecer rehuso.

F.—Vuela á cumplir la voluntad del César.

Au.—Y ¿por qué destrozad con cruda saña
A débiles y pobres criaturas,
Porque tan sólo con audacia extraña
Buscan, como Platón, eternamente
Un dios desconocido en las alturas?

C.—Nunca discutas de la ley la mente.

F.—Obedece al instante, vé sin miedo,
Que muera un hombre vil no es inhu-
Aureliano, obedece. [mano.

Au.— Si no puedo.

(Canidio lanza sardónica carcajada.)

F.—¿No puedes? hijo infiel, ¿eres cristiano?
Responde, dí, que el corazón me partes
Con la sospecha de maldad tan suma.

Au.—(Ap.)

¡Ay! si lo niego... (crimen tal me asom-
bra.)

Ya no podré yo amar, como el Demonio,
Los ángeles huirán aun de mi sombra;
Si lo confieso ¡ay Dios! mi testimonio

Es mi sentencia de forzosa muerte,
Y nunca Aurelia volveré yo á verte.

F.—¿No respondes? ¿Vacilas? Aureliano,
¡Ay! tu silencio de traidor te vende.
¿No puedes responder?

Au.— Yo soy cristiano.

F.—¡Insensato! ¡infeliz! ¡suerte traidora!
¿Tanta vileza en tu ánimo cabía?

Al jurar por la Estigia vengadora
Tú sabes que á los dioses inmortales
Pavor de muerte presuroso acude,
Y Jove los cabellos celestiales
De su cabeza de Titán sacude
Con son horrible, que al Olimpo espanta.
Pues bien yo juro por la Estigia santa,
Que, si no inciensas con presteza pía
Del Saturnio la imagen sacrosanta,
Verás tu fin al acabar el día.

(Vase Aureliano. Falerio queda como
fuera de sí.)

F.—¡Qué horrible juramento he pronunciado!
Me horrorizo yo mismo; me parece
Que el Olimpo retiembla desquiciado...
Cae en mi herido corazón paterno.
Mi cuerpo todo yerto se estremece....
¿Qué mi hijo morirá?...? Su dulce gracia
Habrá de perecer entre mis manos?
No puedo soportar tanta desgracia.
(Horrorizado huye del escenario. Canidio le
contempla sarcástico.)